

Sra. Josefina Lerena Acevedo de Blixen:

Un día he llegado a mi casa con su libro, y después lentamente, él ha entrado en mi vida.

Es una inmensa dicha descubrir que aún nos quedaban en el espíritu manos sensibles que habían estado esperando cosas tan finas y tan bellas, como las que venían en el aire de su libro.

Imagínese como es la vida ante el barullo de esas grandes ciudades del pensamiento, con rascacielos que tratan de elevarse superponiendo pisos y con ese tráfico con que se mezclan tantas velocidades y tantos ritmos lógicos motores.

Imagínese como en medio de esa acción donde se gastan todas las mejores energías del espíritu en atender tanta desesperante aparición mecánica, se oye de pronto, por simpatía, por inspirada y misteriosa sorpresa algo dicho "A media voz" con un tono humano, en un tono que suena dentro de nosotros y que nos hace recordar que existimos. Seguimos tras ese tono de voz y nos alejamos de la ciudad de los pedantes motores. Enseguida nos encontramos en un camino de antes; no nos preocupa mucho saber dónde vamos, porque tenemos todo el espíritu ocupado en sentir lo que caminábamos; recordamos haber encontrado un camino parecido en la adolescencia, cuando el destino vigilaba por encima de un tiempo apasionado, de un silencio lleno de árboles y de una dicha pintoresca. Tal vez no volvimos más por ese camino, desde una tarde en que perdimos un pensamiento ingenuo, pero muy nuestro y muy bello.

Recordamos como la emoción de todos los encantos encontrados en el camino, la depositábamos secretamente en el sonido y el ritmo de una palabra nueva, recién aprendida de un poeta.

Y cómo resurgen pronto a esos hechos “sus ideas madres que fingen reposo”. Y cómo nos inclinamos junto a otras ideas: “... las que al pasar se recogen como manojos de recuerdos...”

Yo voy hacia su libro como al borde de un sueño; voy en punta de pie para no despertar la terrible inteligencia que no es la que lleva en sí la creación del sueño. Usted también dice su sueño a media voz y con su mano ahuyenta esos otros pensamientos que quieren interrumpir su ritmo.

Felisberto Hernández.